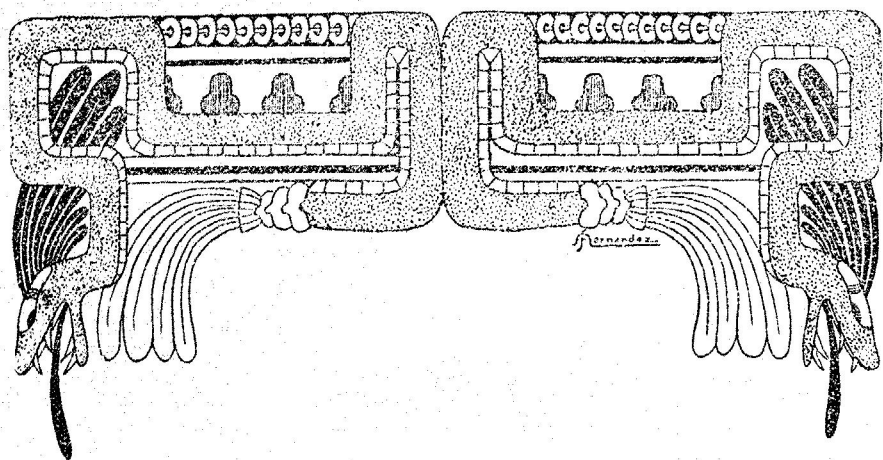




EXPEDICION DE ESTUDIO
DEL
MUSEO NACIONAL DE ARQUEOLOGIA, HISTORIA Y ETNOGRAFIA
AL ANTIGUO
MINERAL DE SULTEPEC
ESTADO DE MEXICO

INFORME OFICIAL DEL SR. LIC. ANDRES MOLINA ENRIQUEZ
JEFE DE LA EXPEDICION

Departamento de Etnografía Aborigen.—Al Sr. Director del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía.—Presente.

En cumplimiento del superior acuerdo de Ud. y con los fondos que puso a mi disposición "El Nacional Revolucionario," el martes 15 del corriente salí rumbo a la ciudad de Sultepec del Estado de México, acompañado del Sr. D. Antonio Cortés, Profesor de Etnografía Colonial, y del Sr. D. Carlos Basave y del Castillo Negrete, miembro de la institución llamada "Amigos del Museo," en viaje de exploración, del que rindo el presente informe, dividido en tres partes que son: LAS NOTAS SUPERINTERESANTES DEL CAMINO; LAS HUELLAS COLONIALES DE SULTEPEC, y LAS NOTAS COMPLEMENTARIAS.

I

LAS NOTAS SUPERINTERESANTES DEL CAMINO

Tan luego que llegamos a Toluca, como resultado de la carta que se sirvió Ud. darme para el Sr. Gobernador del Estado de México, se nos incorporó el Sr. Gilberto Bernal, Jefe del Departamento de Estadística de la

Secretaría de Gobierno del Estado, y antiguo Agente en este último, de la Inspección Federal de Monumentos Artísticos, quien llevaba amables órdenes para que nos atendieran los Presidentes Municipales de Texcaltitlán, de Sultepec y de Almoloya de Alquisiras.

Para ir de Toluca a Sultepec, se encuentra desde luego y muy cerca, un simpático pueblo que se llama Zinacantepec: después, se tiene que traspasar la formidable montaña en que se asienta el volcán de Toluca: detrás de esa montaña, hay que pasar por un pequeño poblado que se llama El Pedregal: después se pasa un pueblo de mayor importancia que se llama Texcaltitlán; y después, faldeando una gran barranca, se llega a Sultepec.

Todo el mundo sabe a qué altura está Toluca sobre el nivel del mar; Sultepec, detrás del volcán, está a menor altura que México sobre el mismo nivel; está poco más o menos al nivel de Querétaro.

Antes de la Revolución, el camino de Toluca a Sultepec, se hacía en tren hasta San Juan de las Huertas que está un poco más adelante de Zinacantepec, y después a pie, en burro, en mula o a caballo, pero yendo juntos todos los viajeros, en caravana, para defenderse de los ladrones, y eso sólo los miércoles y los sábados; los sábados se iba de Toluca a Sultepec, y los miércoles de Sultepec a Toluca, porque en esos días escoltaban el camino. Este entonces era peligroso y triste. La montaña perteneciente en su totalidad a una sola hacienda de más de cien mil hectáreas, "La Gavia," estaba absolutamente desierta. Los pueblos de El Pedregal y de Texcaltitlán eran raquíticos y miserables, y sus habitantes, en su mayor parte indios, eran pobres, tristes y sucios. Sólo Sultepec a causa de las explotaciones mineras que entonces había, tenía cierta animación.

Ahora las cosas han cambiado. El camino actual es una obra de extraordinaria magnitud: a nuestro juicio, tiene condiciones de grandiosidad y de belleza que en el país no pueden tener punto de comparación. Acabando de salir del pueblo de Zinacantepec, donde hay una pila bautismal que a juicio de mi colega el Sr. Profesor Cortés, es el más bello monumento de los que marcan el encuentro de las culturas indias con la española, comienza una amplia carretera que honra al Gobierno del Estado de México, y que asciende, asciende sin cesar, por las montañas ricamente arboladas de los contrafuertes del volcán de Toluca, hasta el macizo principal de esos contrafuertes, donde alcanza una altura de tres mil quinientos metros sobre el nivel del mar, altura que ningún otro camino logra alcanzar en todo el territorio de la República. De la parte más alta de la carretera se desprende un ramal de quince kilómetros que sube más todavía, hasta el cráter mismo de dicho volcán.

Después, el camino, aunque practicable para un solo automóvil, se hace penoso, descendiendo por la vertiente opuesta de la montaña, hasta encontrar otro tramo de la carretera, que llega hasta donde la montaña concluye, y comienza el pedregal que da nombre al poblado asentado en él. En seguida lo pedregoso del terreno hace difícil el paso; inconveniente que poco du-

rará, porque se ven cerca nuevos tramos de la carretera, pendientes de ser unidos por algunos puentes, pues por allí corren muchos pequeños ríos.

Pero lo difícil del camino al salir de la montaña, queda sobradamente compensado con la hermosura del paisaje. El poblado de El Pedregal que allí se encuentra y el pueblo de Texcaltitlán un poco más lejos, que eran como ya he dicho antes, miserables y pobres, confunden ahora sus dispersos caseríos, extendiéndose por los terrenos ejidales que les han dado, y llenando todo el alegre valle que ocupan, de blancas casitas techadas de teja y salpicadas de flores, de cuidados sembrados de trigo en estado de madurar, y de árboles frutales, todo ello subiendo por las laderas de las montañas vecinas hasta los límites de sus alturas. La sorpresa es grande, sobre todo para mí que dejé de ver esos pueblos hace treinta y tres años, y sube de punto al ver el aspecto rollizo y risueño de todos sus habitantes, y las notas de color de sus vestidos.

El día en que llegamos, (martes), era día de mercado en Texcaltitlán, y la plaza estaba llena de gente. La fotografía núm. 1 da idea del aspecto general de la plaza de referencia. En el fondo de esa fotografía, puede Ud. notar el carácter singularísimo de la colocación del templo en una alta plataforma almenada, a la que se llega por una escalinata característica.

Como la plaza principal del pueblo está colocada en la parte superior de una loma que está en el centro del valle, y en el lado oriental de dicha plaza se levanta la plataforma, ésta última es el punto central y dominante del valle entero. Dada su forma ligeramente piramidal, y la escalinata que le da acceso, se siente desde luego la impresión de que se está ante un templo indio, ante un *teocalli* verdadero, pues aunque parece de poca altura, claro es que su altura primitiva fué truncada para dar sitio al cementerio y al templo que allí existen. Esto es tanto más verosímil cuanto que el almenado del cementerio es de los primeros años de la Conquista; bello ejemplar de los que dieron el carácter de fortalezas a casi todos los templos construídos en el siglo XVI. Han pasado siglos desde que se construyeron ese templo y aquel almenado: éste último, ha sido ya roto y derruído en uno de sus ángulos; y sin embargo, se siente uno dentro de la población, dominado por él, no pudiendo verse, sin una vaga inquietud, su recia estructura y su negruzco color. En la fotografía núm. 2, se ve con más claridad.

En Texcaltitlán se nos unieron dos jóvenes alumnos de la Facultad de Derecho de la Universidad, en viaje de ayuda a los trabajos del Censo. Nuestro compañero Sr. Bernal, con ese motivo, tuvo que ocuparse de unas conferencias que dichos jóvenes tenían que dar, y entre tanto, nosotros fuimos a recorrer el nuevo tramo de la carretera que ya está listo hasta Almoloya de Alquisiras. Ese tramo en efecto, está excelente, y atraviesa por hermosos pueblos que prolongan el disperso caserío, los sembrados y los árboles que comenzaron en el Pedregal. Almoloya es un pueblo muy bonito. De él acompaño al presente, la fotografía núm. 3.

Regresando de Almoloya volvimos a tomar el camino de Sultepec, que sale del valle en que están El Pedregal y Texcaltitlán, y entra a la gran

barranca que es preciso faldear, siguiendo las salientes de los macizos y los entrantes de las cañadas por las que bajan riachuelos murmuradores.

La parte del camino que faldea, y que en el lugar se llama de "Las Vueltas," es de una rica variedad, de motivos y de matices: lleva a la izquierda, hacia arriba, la montaña arbolada y boscosa, y a la derecha, hacia abajo, la hondura de un verdadero abismo, abierto hacia el Poniente, en que se alcanzan a ver con relieves precisos y en una larga sucesión de lejanías, montañas tras de montañas, hacia las cuales va descendiendo el sol en un crepúsculo maravilloso.

Al acabar de faldear la barranca, se traspone su altura hacia la izquierda, y aparece el amontonado caserío de Sultepec.

Cuando llegamos a Sultepec, obscurecía.

II

LAS HUELLAS COLONIALES DE SULTEPEC

Aunque parece que no en el mismo lugar, la población de Sultepec existía desde antes de la conquista española. Un joven muy agradable, que según entiendo, desempeña el cargo de Defensor de Oficio en dicha población, ha logrado reunir algunos objetos de indudable carácter arqueológico, sacados de un cerro inmediato que se llama Coatepec, adonde no pudimos ir porque era preciso ir a caballo y con tiempo. La tradición del lugar señala el cerro de Coatepec como el asiento primitivo de Sultepec. En el cerro, según se nos dijo, existe una inscripción que señala la presencia en él de Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo de México, el 24 de junio de 1535.

El Sultepec actual, es indudablemente una población de fundación colonial, de mediados del siglo XVI, pintorescamente situada entre las ondulaciones y quebraduras de un estribo de la montaña, en el rápido descenso que ella presenta desde la cima del volcán de Toluca, hasta la costa del Pacífico; de allí el hermoso panorama que tiene siempre a la vista por el Suroeste y que alcanza extraordinarias lejanías. Las calles de Sultepec, suben y bajan en todas direcciones, como puede verse en las fotografías núms. 4 y 5. La plaza es sólo una calle más ancha que las demás.

No puede haber duda alguna acerca de que en el siglo XVI y muy cerca de los días de la Conquista, ya existía Sultepec, porque en él quedan varias huellas del paso de Fray Juan de Zumárraga que murió en 1548, según el retrato que de él existe en el Museo. La tradición dice que estuvo en Sultepec, para poner la primera piedra del templo parroquial colocado en el centro de la población, (templo sin carácter que no ha sido concluido todavía) y que dicha piedra es la que tiene esculpido su escudo. Con ese motivo, dice la tradición también, el Sr. Zumárraga dejó en la parroquia que fundó, la mitra que llevaba en la bendición y colocación de la expresada piedra.

La piedra a que acabo de referirme, existe colocada hoy en una pared

lateral del templo, y es la que aparece en la fotografía núm. 6; en cuanto a la mitra, existió, pues yo la ví hace treinta y tantos años, pero se dice que uno de los curas del lugar la obsequió al Sr. Obispo Plancarte.

El Convento de Franciscanos que está en uno de los extremos de la población, y que aparece en el fondo de la calle que se ve en la fotografía núm. 7, es indudablemente un edificio comenzado en el siglo XVI, y terminado en el siglo XVII. La fachada y el claustro son del siglo XVI, como puede verse en las fotografías núms. 8 y 9.

En el interior del convento, y por desgracia al alcance de todo el mundo hay muchas cosas interesantísimas. En la fotografía núm. 10, se ven, una hermosa mesa del siglo XVIII que el Sr. Profesor Cortés valuó en no menos de \$500.00, una silla del mismo tiempo, y sobre la mesa libros, tomados al acaso, que son del siglo XVI; algunos de éstos están impresos en letras góticas.

En el baptisterio del convento hay dos cuadros murales que como obras pictóricas no son de gran mérito, pero que lo tienen muy alto como obras etnográficas, porque representan ceremonias religiosas en que muchas personas (con toda seguridad son retratos) llevan hábitos y uniformes que apenas son conocidos; de esos cuadros no se tomaron fotografías, porque no lo permitieron las condiciones del local.

En donde concluye la escalera del convento, hay una joya del más alto valor histórico. Es una tela cuadrada restirada en un bastidor, como de ochenta centímetros de lado, decorada a la manera del siglo XVI, que tiene en un casillero de líneas semejantes al de la Tabla de Pitágoras, las letras de las palabras "ave maría" que se leen en todos sentidos. Es seguramente uno de los medios de que se sirvieron los misioneros para fijar en los indios las palabras del "ave maría." No se pudo fotografiar, por las desfavorables condiciones en que está colocado. Vimos también dentro del convento una bandeja de cobre, china, y algunos otros objetos curiosos.

No tuvimos tiempo bastante para recorrer los archivos, pero vimos algunos de los libros parroquiales que se encuentran en el mismo convento, y entre ellos hay muchos de gran interés; en algunos hay miniaturas a pluma verdaderamente hermosas. Vimos un libro especial, con elegante portada, para los sacramentos de "indios, negros, chinos y otras castas."

En una de las hondonadas de la población, se encuentra el templo de la Veracruz: ese templo era antes plenamente colonial; pero ha sido rehecho, y ha perdido su carácter. Es el que aparece en la fotografía núm. 11. Quedan sí dentro del templo algunos objetos interesantes: el santo "Señor de la Veracruz," es la escultura en caña, de un Cristo, de tamaño natural, del siglo XVI; las andas que sirven para las procesiones, son también del siglo XVI; el incensario de plata, es una hermosa joya igualmente del siglo XVI.

Hay otro templo situado en una cañada, al que se llega por una senda que sigue el curso pintoresco de un pequeño río, que es el Santuario de

Nuestra Señora de los Remedios. Ese templo, que es el que aparece en la fotografía núm. 12, conserva su carácter colonial, sólo en su aspecto exterior; el interior ha sido lastimosamente decorado con papel tapiz, y sobre el retablo dorado antiguo, donde estaba antes una Virgen de los Remedios, a la manera bizantina, hay ahora otro altar en que una Virgen de los Remedios, a la manera de las del Renacimiento, tiene vestido de tela superpuesto.

En otro tiempo había en todas las casas numerosos objetos coloniales: posiblemente los haya todavía; pero no tuvimos tiempo de hacer pesquisas sobre el particular.

En una fuente recientemente construída en la plaza principal, hay una escultura moderna, pero a la manera popular, que representa un minero; puede verse en la fotografía núm. 13.

El principal atractivo de Sultepec es la vista que hacia el Poniente tiene en el lugar que se llama "La Asomada." Esa vista vale la pena de hacer el viaje para conocerla. Como ya he dicho que Sultepec está en un estribo de la sierra, abierto hacia el Poniente, desde La Asomada se alcanzan a ver montañas lejanísimas que descienden hacia la costa, y que al ponerse el sol, destacan sus relieves y perfiles con variados matices de luz y de color.

III

NOTAS COMPLEMENTARIAS

Toda la región que acabamos de visitar, vivía antes de la Minería. En la época en que yo la conocí, se trabajaban muchas minas y se sostenían varias haciendas de beneficio de metales. La negociación alemana de Los Arcos en Almoloya, venía fundiendo plata desde hacía más de setenta y cinco años, sin haber apagado sus hornos un solo día. Hoy no hay una sola mina en trabajo; casi desde que comenzó la Revolución, se paralizaron todas las explotaciones mineras, y sin embargo, las poblaciones de que se trata, han mejorado mucho en relación con lo que eran, pues en todas, sobre todo en El Pedregal, en Texcaltitlán y en Sultepec, hay más casas, más terrenos de cultivo y más árboles, y los habitantes de dichas poblaciones se ven mejor vestidos, más contentos y más felices. Claro es que hablo de la mayoría de los habitantes, porque los que ejercían los cacicazgos locales, no dejan de decir que las cosas están peor que nunca.

En El Pedregal y Texcaltitlán, los ejidos tomados del estupendo latifundio de La Gavia, han sido muy bien aprovechados. La extensión antes desierta de población que se llamaba La Gavia Chica, está ahora completamente salpicada de casas rodeadas de terrenos bien cultivados.

Tengo un recuerdo claro y preciso de como eran antes las montañas del vallecito de Texcaltitlán, las de la barranca de Las Vueltas, las que rodean a Sultepec, y las barrancas que se ven en ella desde La Asomada, y puedo asegurar sin miedo a equivocarme, que en todas ellas el arbolado ha aumen-

tado de un modo considerable. Atribuyo ese singularísimo hecho, al amor que los pueblos de la región tienen a los árboles. La parte de arbolado que hay arriba del camino de Las Vueltas, pertenece a un pueblo llamado Capula que confunde su caserío con el mismo de Sultepec: ese pueblo ha defendido heroicamente su monte contra la devastación de las minas, y contra las explotaciones de los negociantes, y ahora puede mostrarlo como un ejemplo palpitante y vivo de que no es verdad que los pueblos destruyan los montes. Lo que destruye los montes, es la falta de dinero, porque no hay medio más fácil de hacer dinero, que derribar árboles; los países en que la gran masa del pueblo tiene elementos de vida, son los que conservan y cuidan los bosques. Lejos de que el monte de Capula haya sido destruido, ha avanzado hacia la barranca, que comienza a llenarse de árboles frondosos. Igual fenómeno pude notar en las eminencias inmediatas a Sultepec y hasta en las barrancas que se ven desde La Asomada.

Nos fué a los excursionistas muy grato el encuentro de los dos jóvenes de la Facultad de Derecho de la Universidad, porque mostraron un juicio, una compostura, una inteligencia, un sentido práctico y una buena voluntad, que nos hizo pensar que los estudiantes de la Universidad valen más, tal vez, que la Universidad misma, y no quiero decir más.

Tratándose de caminos, donde el robo era constitucional, me es grato decir como impresión de la comisión toda, que la seguridad en ellos es absoluta. También como impresión de la comisión misma, me es grato consignar que en todas partes encontramos cordialidad y cortesía: que el Sr. Bernal, Comisionado del Gobierno del Estado, nos prestó una ayuda muy eficaz: que las autoridades locales, Municipales y del Estado, nos parecieron honorables y dignas de respecto: que para nosotros tuvieron dichas autoridades, no sólo atenciones sino delicadezas que nunca llegaremos a olvidar; y que no es galantería de nuestra parte, sino justicia, la que nos lleva a afirmar, que a juzgar por el aliento de las obras que ejecuta, por la seguridad que reina en donde no la pudo haber durante siglos, y por el progreso que han alcanzado los pueblos más remotos, el Estado de México está gobernado ahora, como no lo ha estado nunca. Y creo que de mi parte, vale algo la anterior afirmación, porque me envanezcó de haber dirigido ese Gobierno, alguna vez.

Protesto a Ud. como siempre, las seguridades de mi consideración y respecto.—

SUFRAGIO EFECTIVO: NO REELECCIÓN. — México, D. F. 24 de abril de 1930.

EL PROFESOR DE ETNOGRAFIA,
ANDRES MOLINA ENRIQUEZ.